

adquieren sentido cuando quien las lee es lingüísticamente competente. Esto nos lleva a considerar la preeminencia de lo local frente a lo universal, y del tiempo corto como agonía contra el escatológico de la larga (o muy larga) duración. Ahora bien, ¿dónde quedaron o cuándo se nos esfumaron los ideales asociados a la noción de verdad? ¿Puede sobrevivir una comunidad humana sin la confianza en que existen asertos de validez universal? ¿Debe detenerse la pasión por esta búsqueda y reemplazarse por un pluralismo epistémico, donde lo procedimental se supedita a lo convivencial? Pues, si el conocimiento, como quiere Shapin, es fruto retórico de un consenso local y temporalmente inestable, entonces se nos está invitando a renunciar a una determinada imagen de la ciencia sólidamente establecida, lo que convierte en sospechoso su no posicionamiento ético frente al relativismo que se deduciría del libro. Una ambigüedad inquietante para este fin de siglo, pues muchas sociedades sobrevivieron sin la obsesiva preocupación por la verdad, aunque siempre al cobijo de convicciones éticas.

ANTONIO LAFUENTE

Alejandro R. DÍEZ TORRE; Tomás MALLO; Daniel PACHECO FERNÁNDEZ; Angeles ALONSO FLECHA (coords.) *La ciencia española en ultramar. Actas de las I Jornadas sobre España y las expediciones científicas en América y Filipinas*, Madrid, Ediciones Doce Calles, 1991, 395 pp. ISBN: 84-87111-19-X./ Alejandro R. DÍEZ TORRE; Tomás MALLO; Daniel PACHECO FERNÁNDEZ (coords.). *De la Ciencia Ilustrada a la Ciencia Romántica. Actas de las II Jornadas sobre España y las expediciones científicas en América y Filipinas*, Madrid, Ediciones Doce Calles, 1995, 642 pp. ISBN: 84-87111-53-X.

A mediados de los años ochenta, se crearon para la historia de la ciencia programas movilizados de investigación, orientados al estudio de las llamadas genéricamente «expediciones científicas ilustradas» bajo cuyo epígrafe se agruparon los viajes y comisiones, expediciones y exploraciones que, con mayor o menor contenido científico, recorrieron la práctica totalidad de los territorios coloniales a lo largo del siglo XVIII. La década anterior había estado dominada —en sintonía con la historiografía francesa y anglosajona— por la preocupación por el proceso de institucionalización considerado por su fragilidad como el elemento esencial de la discontinuidad de la ciencia en España. Al estudio de estas expediciones, con nombres más o menos conocidos como Mutis, Malaspina, Pavón y Ruiz, Humboldt, etc., con fechas concretas que «aniversarizar» y hechos concretos contrapuestos a la imagen del conquistador y del misionero, se orientaron buen

número de becarios que, junto a una fuerte política de inversiones en exposiciones y publicaciones, marcaron uno de los ejes importantes del 92.

Mirados en su conjunto, la multitud de trabajos generados en estos diez últimos años, parecería que se trató de abordar al mismo tiempo una triple tarea. Por un lado, investigar y sacar a la luz de forma exhaustiva las fuentes que, en líneas generales, eran ya conocidas gracias a una tradición historiográfica que se remonta a las primeras décadas del siglo XIX con los marinos José Vargas Ponce y Martín Fernández de Navarrete, continúa con Novo y Colson y Jiménez de la Espada en el último tercio y ya en nuestro siglo con historiadores de la marina del interés de Guillén Tato, García Franco o Barras de Aragón. Por otro, contarlas con mayor o menor acierto, con mayor o menor desencanto, en el contexto de una Ilustración en España, rescatable por europea y por su sola constatación en nuestra historia peninsular y americana para, finalmente, divulgarlas mediante exposiciones, coloquios, incluso programas de televisión, tomándose en serio el papel del historiador como creador de tradiciones necesarias. Esto condicionó los resultados en varios aspectos: primero su clara vocación de relato y su escaso diálogo con las importantes corrientes que en historia, filosofía y sociología de la ciencia habían transformado la disciplina. En segundo lugar, su publicación se escapa del ámbito de las revistas profesionales para proliferarse en catálogos de exposiciones, actas de congresos, reuniones, coloquios, etc. y en la publicación de las fuentes con introducciones divulgativas. Y como consecuencia quizá de todo ello, su inevitable limitación nacional y su falta de visibilidad más allá de nuestras fronteras lingüísticas. En estos años, sin embargo, comienza también una mayor conexión con las distintas tradiciones historiográficas de las naciones americanas, interesadas también en la historia de la ciencia como constructora de sus naciones.

Los volúmenes con las actas de las dos «Jornadas sobre España y las expediciones científicas en América y Filipinas», celebradas en 1991 y 1993, bajo el auspicio del honorable y decimonónico Ateneo de Madrid, son frutos importantes de esta época y dan cuenta de las intenciones y los logros alcanzados. Quizá, para una mejor comprensión de ello, se debería tener en cuenta la bibliografía generada por las exposiciones y la de la expedición Malaspina, con vida propia.

Sólo dos años separan las jornadas que tienen una intención común: reunir a expertos en expediciones científicas del siglo XVIII para la divulgación de sus investigaciones. Y sin embargo, las diferencias entre un volumen y otro son grandes, lo suficiente como para poder considerarlas significativas. Diferencias que comienzan en el estilo del título elegido como pórtico a las publicaciones. Si el primero tiene una cierta tendencia de una geografía metropolitana del imperio, *La ciencia española en ultramar*, el segundo, *De la ciencia Ilustrada a la Ciencia Romántica* hace referencia más a la dinámica de los procesos culturales. Pero es

en la selección de los ponentes en donde encontramos un cambio importante. El primer volumen reúne casi exclusivamente a historiadores de la ciencia vinculados a instituciones de Madrid. Son, por un lado, profesores bien conocidos que presentan breves resúmenes de trabajos de investigación cuya publicación definitiva verá la luz en esos años. Es el caso de la Dra. Álvarez y su ponencia sobre la Historia Natural de los siglos XVI y XVII, el Dr. Puerto Sarmiento y sus trabajos sobre el Real Jardín Botánico y su director Casimiro Gómez Ortega. Lo mismo cabe decirse de los profesores Peset y González Bueno. Junto a ellos, algunos de sus alumnos: los más veteranos, con los resultados de sus tesis terminadas unos años antes, como Puig-Samper, Galera, cuyos trabajos sobre Antonio Pineda, naturalista de la expedición Malaspina, se refieren a su tesis doctoral y son bien conocidos y López Ocón sobre la Comisión Científica al Pacífico. López Ocón defiende la importancia de esta expedición como prolongación tardía pero fructífera y, sobre todo, continuadora del esfuerzo de la época ilustrada. Los alumnos más jóvenes (Maldonado, Bañas, Bernabeu, González-Ripoll, Pimentel,...) se presentan en público en diferentes etapas de elaboración de sus tesis doctorales, apuntando ya algunos las diferencias conceptuales con que abordarán temas aparentemente similares como son las distintas expediciones.

Las segundas jornadas, sin embargo, vuelan más alto y más lejos con una extensa participación de historiadores americanos, del norte y del sur. Los antiguos participantes crecen y maduran sus trabajos de investigación, concluidos o en vías de concluirse: Frías con un trabajo sobre los aspectos políticos de la expedición de Mutis, Pimentel quien explora las relaciones de Malaspina con las élites criollas novohispanas, Maldonado sobre la institucionalización de la historia natural en Nueva España, González-Ripoll sobre la formación de los marinos encargados de las comisiones hidrográficas, etc. Los historiadores americanos introducen otras perspectivas para un debate más complejo del papel de la ciencia y de los científicos en la cultura criolla y su transición a la independencia (Soto, Quevedo, Moncada), considerando válido con sus matices el tópico que entrelaza irreductiblemente, razón, ciencia y libertad (Peset).

Aparece novedosa la inclusión de cuestiones de historia de la economía para tratar de evaluar las repercusiones de las expediciones y en general de las actividades científicas con los procesos de producción manufacturera y el comercio (Malamud, Fisher), su relación con el fisiocratismo (Morilla, Borrego) e incluso su coste económico (Martínez de Salinas).

Las tensiones entre una ciencia imperial y las distintas tradiciones locales americanas se estudia en varios casos que abarcan buena parte de los territorios virreinales por lo que son una muestra suficiente de la diversidad y complejidad de dicho proceso: Molina y Aceves en sendos trabajos sobre la minería; Misas y

Valero se refieren a Cuba. El primero acerca del papel de la expedición del conde de Mopox en el desarrollo agronómico y el segundo estudiando la Institución Agrónoma de La Habana; Lucena Giraldo con el caso excepcional del venezolano Michelena, y el profesor Alcina que aborda el papel de la arqueología en el crecimiento de una identidad cultural en el México colonial. Es esta una de las partes que más originalidad aporta el libro y, que, de interesar, debe llevar a la lectura de las actas del congreso que sobre mundialización de la ciencia se celebró en Madrid en 1991, publicadas en la misma colección en 1993. Omar Moncada habló de los ingenieros militares, esta vez en California y Horacio Capel de la geografía y su redefinición a fines del siglo XVIII debido en buena parte a la creciente especialización exigida por estas expediciones.

Tímidamente, sólo el trabajo de De Pedro sobre el dibujo científico, estudia un aspecto distinto de las ya bien conocidas expediciones desde el esfuerzo de interpretarlas teniendo en cuenta cuestiones de representación y retórica en las ciencias. Señalar también los artículos sobre la Comisión Científica al Pacífico de Cueto y López de Ocón. Marcos Cueto que ha estudiado la tensión entre ciencia periférica y ciencia de excelencia en el Perú de los siglos XIX y XX se centra en el Perú que visitó la Comisión; López de Ocón, que realizó su tesis sobre el tema, realiza un interesante esfuerzo al compararla con la Commission Scientifique du Mexique.

Lo normal en unos libros que recogen las actas de congresos y reuniones sería no hablar de la propia edición, condenados como suelen estar a salir a la luz con un cierto descuido editorial. En este caso ocurre todo lo contrario y se agradece el constatar que un encargo se haya tomado con el interés de realizarlo con gusto y empeño personal.

JOSÉ DE LA SOTA

Dietrich von ENGELHARDT. *Heinrich Steffens. Was ich erlebte, Bd. 1*, Stuttgart-Bad Canstatt, Fromman-Holzboog, 1995. ISBN: 3-7728-1525-1.

El volumen objeto de recensión constituye el primero de una serie cuya aparición merece el aplauso del historiador de la medicina: *Natur und Philosophie. Texte und Untersuchungen* (Naturaleza y filosofía. Textos e investigaciones). El proyecto de la naciente colección es evidente: la publicación de fuentes y de trabajos de investigación sobre el tema anunciado. Algo que, desde el punto de vista del diseño editorial, no es nuevo, aunque sí lo sea, al menos parcialmente, desde el de la investigación. Pues esta línea se proclama devota de un punto de